

LESATH  
La corte del Hechicero  
Tiffany Calligaris

## A TRAVÉS DE LA MONTAÑA

Daeron tiró de las riendas y movió las orejas hacia atrás indicándome que estaba molesto. No podía culparlo. El camino que subía a través de la montaña era un extenso y denso bosque que dificultaba el paso.

Los troncos eran angostos y altos, los árboles se encontraban a demasiada proximidad unos de otros, lo que nos obligaba a ir a paso lento, esquivándolos. Era la primera vez que veía un bosque con esas características. Había toda clase de obstáculos que dificultaba el paso de los caballos: rocas, troncos caídos, pastizales altos y abundantes.

Y a eso debíamos sumarle la nieve. Por fortuna, no era profunda ya que las ramas de los árboles formaban un techo verde sobre nuestras cabezas, deteniendo los copos de nieve.

Zul iba sentado detrás de mí ya que Sorcha se había apropiado de su caballo. No había dicho una palabra en las últimas horas pero sabía que estaba despierto ya que su cabeza no estaba apoyada en mi espalda. Aiden se encontraba a mi costado, Alshain, su yegua blanca, avanzaba con cuidado con sus ojos fijos en el camino.

Miré hacia atrás para comprobar que Sorcha seguía detrás de nosotros. Era un hábito que había adquirido desde que par-

timos de Agnof, y no era la única. El cuerpo de Zul giraba con más frecuencia que el mío, para asegurarse de que estuviera cerca y no intentara escapar.

Sorcha había expresado innumerables veces lo molesto que le resultaba pero ninguno de los dos confiaba en ella como para dejar de hacerlo.

El problema se habría resuelto si fuera delante de nosotros en vez de detrás. Pero el caballo del mago era pequeño y avanzaba bastante más lento que Daeron y Alshain.

Cada vez que deteníamos a los caballos para que pasara y fuera delante, era cuestión de minutos antes de que volviera a quedar atrás.

En cuanto tuviéramos la oportunidad debíamos comprar otro caballo. No me molestaba que Zul fuera conmigo pero Daeron se cansaba más rápido con el peso de dos personas.

Quedaba un largo trecho para llegar a la cima. Según Sorcha, la fortaleza se encontraba arriba de todo, los ancestros de Blodwen la habían construido en medio de tres grandes rocas sobre la cima de la montaña.

Realmente esperaba que los dos warlocks, Blodwen y Mardoc, hubieran huido allí. Sería una gran pérdida de tiempo, sin mencionar esfuerzo, llegar y que se encontrara vacía.

Blodwen había huido con el Corazón del Dragón y era probable que Mardoc se le hubiera unido tras escapar de Akashik. Ya no había un Concilio de los Oscuros, sino Akashik y Lysha por un lado y Blodwen y Mardoc por otro. Cuatro poderosos enemigos y uno de ellos llevaba un amuleto que lo protegía.

Al bajar el sol, la oscuridad y la neblina nos obligaron a detenernos. Desmonté de un salto y el mago bajó cuidadosamente detrás de mí. Reprimí una risa al recordar la primera vez que Zul había desmontado de Daeron. Acostumbrado a la

estatura de su caballo, se había alarmado cuando sus pies no llegaban al suelo y se había soltado, cayendo de cola.

Mis manos se encontraban congeladas, apenas podía sentir mis dedos y el viento frío era áspero contra mi rostro. Estaba tentada de utilizar magia para hacer fuego pero resistí el impulso. No podíamos arriesgarnos a que los warlocks vieran el humo y supieran que los estábamos buscando.

—Odio esta maldita montaña —dijo Sorcha.

—El frío se está convirtiendo en un problema —respondió Zul.

—Me gusta el frío, lo que me molesta son los centenares de árboles interponiéndose en nuestro camino —dijo Sorcha.

La miré incrédula, me costaba creer que disfrutara ese tipo de clima.

—¿Qué es lo que te gusta del frío exactamente? —pregunté.

—Me siento a gusto en él —replicó Sorcha.

No respondí. Había muchas cosas de Sorcha que no comprendía y esa era una más en la larga lista. Abrigamos a los caballos con una manta y comenzamos a armar la carpa.

Cuando solo éramos Zul, Aiden y yo habíamos logrado dormir los tres dentro de ella a pesar de que el espacio era reducido, pero no había forma de que cuatro personas entraran allí. Desde entonces, dos dormían mientras los otros dos hacían guardia y en mitad de la noche cambiábamos. La noche anterior había permanecido junto a Aiden, haciendo guardia hasta el amanecer. Habíamos logrado dormir algo en las primeras horas de la noche, pero cuando la discusión entre Zul y Sorcha se volvió imposible de ignorar, insistimos en cambiar de lugar.

Las cosas se habían vuelto complicadas desde que Sorcha se nos unió. En algunas ocasiones, pocas, ella y el mago lograban hablar de manera civilizada, pero la gran mayoría termi-

naba en peleas y acusaciones. Dos noches atrás, los había oído hablar sobre magia y habían tenido una conversación interesante. Zul se había mostrado curioso sobre el hechizo con el que Seith me había aprisionado en Agnof, aquel círculo que selló con su sangre, y Sorcha le explicó más sobre él. Debía admitir que también había despertado mi curiosidad.

Pero la noche anterior había sido una pesadilla.

—Esta noche haremos las cosas distinto. Tú harás guardia conmigo, Adhara —dijo Sorcha.

Los tres volvimos nuestras miradas hacia ella al mismo tiempo. Dejé escapar una risa sin poder evitarlo, ¿desde cuándo era ella quien daba las órdenes?

—¿Quieres que Adhara se quede contigo? ¿Por qué? —preguntó Aiden con tono sospechoso.

—Desde que dejamos Agnof que no he tenido una buena noche de sueño. Él me grita la primera mitad de la noche y me mantiene despierta balbuceando en sus sueños la segunda mitad —dijo Sorcha señalando al mago.

Apenas podía ver el rostro de Zul debido a la oscuridad, pero parecía molesto y algo dolido.

—Tú eres la que se pasa la noche gritándome —replicó Zul enfadado.

—Zul no balbucea mientras duerme —dijimos Aiden y yo al mismo tiempo.

—No quiero compartir la carpa con él —insistió Sorcha.

—Yo tampoco quiero compartirla contigo. Solo acepté para que Adhara y Aiden pudieran estar juntos —hizo una pausa y agregó—. Si te sientes a gusto en el frío, puedes dormir en la nieve.

Silencio. Las palabras de Zul me sorprendieron, sabía que eran mentira pero las había hecho sonar como la pura verdad. Era la primera vez que le decía algo tan... cruel.

—Lo haré, prefiero dormir en la nieve que contigo —respondió Sorchá molesta.

—Hazlo, con suerte a la mañana descubriremos que te han comido los osos o lo que sea que habite en esta montaña —replicó el mago.

—Zul...

Sabía que Sorchá lo estaba enloqueciendo, pero hacerla dormir sola en la nieve era un poco excesivo.

Algo voló por el aire y pegó contra el mago, haciéndolo perder el equilibrio. Desenfundé mi espada y me volví hacia Sorchá. La observé confundida, recordando que su magia no funcionaba contra Zul.

—Me arrojó una bola de nieve —dijo el mago.

Sonaba perplejo y al borde de la furia.

—Espero que los osos te coman a ti —gritó Sorchá.

—Cállate, Sorchá, despertarás a toda la montaña. Es un milagro si los warlocks allí arriba no te han escuchado —dijo Aiden.

Miré a Zul, con la pregunta clara en mis ojos. Zul asintió con un leve movimiento y escondió el rostro entre sus manos. Podía sentir su frustración como si fuera yo quien la estuviera sintiendo. Sabía que me arrepentiría cada segundo de la noche.

—Haré guardia contigo, Sorchá —dije.

—Bien —respondió simplemente.

Aiden vino a mi lado y su mirada me dijo todo, no estaba contento con la situación. Abrió la boca y volvió a cerrarla, quería decir algo para que Sorchá cambiara de opinión pero sabía que sería inútil.

Además sabía que sería peligroso dejarlos solos, por fortuna no podían atacarse con magia pero había otras formas de causarse daño. Además temía que Zul perdiera la cabeza.

Tras poner una manta sobre la nieve, nos sentamos formando un círculo y sacamos las provisiones que nos habían dado Dara y Marcus, la familia con la que nos habíamos quedado en el pueblo olvidado de Agnof. No era mucho, ya que apenas tenían comida para ellos, pero si lo racionábamos bien nos alcanzaría para uno o dos días más. Sería imposible encontrar algo que comer en la montaña.

Zul murmuró un conjuro y una esfera de luz apareció frente a nosotros. Era el mismo hechizo que había utilizado cuando cruzamos los túneles de roca que llevaban al Monte Luna. Nos proporcionaba algo de luz para ver la comida y no largaba humo como el fuego.

El silencio reinaba en la noche. Con la luz de la esfera pude ver con más claridad a todos. Zul se había puesto la capucha de su capa, apenas lograba ver su rostro pero parecía furioso. Sorcha tenía su mirada en el cielo, su expresión era seria y no revelaba nada. Me pregunté qué estaría viendo, las ramas de los árboles hacían imposible poder contemplar las estrellas.

Aiden pasó su brazo alrededor de mi hombro y me atrajo hacia él. Se encontraba cálido. Cada vez que posaba mis ojos sobre él, el mismo pensamiento cruzaba mi mente. Me costaba creer que habíamos realizado el ritual de las siete estrellas. Aquel hermoso humano había jurado pasar su vida junto a mí, al igual que yo había jurado pasar la mía junto a él. Los recuerdos de la noche en que realizamos el ritual élfico parecían irreales.

Para cuando terminamos de comer, el mago aún lucía perturbado. Insistió en hacer guardia las primeras horas pero lo convencí de que debía descansar. Aiden me susurró que gritara su nombre si Sorcha intentaba algo y me besó antes de entrar en la carpa.

No sabía cuánto tiempo había pasado pero tenía el presentimiento de que no era mucho. Las noches anteriores, en las que había hecho guardia con Aiden, se habían pasado rápido. Habíamos hablado, practicado con las espadas en la oscuridad y pasado tiempo juntos.

Sorcha se encontraba lejos de ser la compañera ideal. Estaba sentada junto a un tronco y no había dicho una palabra. Me pregunté cómo haríamos para lograr que no nos traicionara una vez que supiera que era la heredera de la Dama Draconis y que podía utilizar el Corazón del Dragón sin sufrir consecuencias.

Debía utilizarlo para vencer a los warlocks y luego destruirlo para que su poder ya no fuera una amenaza. Pero estaba segura de que una vez que probara su poder no se encontraría inclinada a destruirlo, sino todo lo contrario.

Los ojos se me fueron cerrando de a poco y tuve que hacer fuerza para mantenerlos abiertos. El cansancio y el aburrimiento hacían difícil permanecer despierta.

—Estás durmiendo —dijo Sorcha.

—Estoy despierta, solo descansaba los ojos —respondí.

Me puse de pie y caminé un poco. Debía permanecer alerta, no podía faltar mucho para que cambiáramos de lugar con Aiden y Zul.

—¿Cómo sabes acerca de la fortaleza de Blodwen? —pregunté.

La cabeza de Sorcha se volvió hacia mí, no podía ver su rostro debido a la oscuridad pero no parecía contenta con la pregunta.

—Eres tan molesta como el mago. Si creen que miento, ¿por qué estamos aquí?

—No creo que mientas, nadie en su sano juicio subiría esta



montaña solo para hacernos perder el tiempo, ni siquiera tú —repliqué—. Me refería a cómo sabes que existe esta fortaleza y que perteneció a la familia de Blodwen. Por lo que vi cuando me encontraba cautiva en Izar, los warlocks no compartían demasiada información con ustedes.

—Cuando tenía doce años fui con Blodwen a la fortaleza —hizo una pausa y continuó—. Creí que aprendería más magia viajando sola con él, pero solo me había llevado para que limpiara e hiciera guardia en la torre.

Sonaba irritada, el recuerdo la había molestado.

—¿Por qué no intentaste escapar como Aiden? —pregunté. Sorcha apartó su mirada de mí y volvió la cabeza al cielo.

—No me agradaba la forma en que me trataban, pero prefería mi vida a la de ellos.

—¿Ellos? —pregunté.

—El resto de las personas que habitan Lesath. Vivían sus patéticas vidas sin saber acerca de la magia, sin saber que Lysha no era quien en verdad los gobernaba. No quería ser como ellos. Poseía magia y el Concilio me enseñó cómo controlarla, aprendí magia negra. Era especial y no me importaba el precio que debía pagar. No me importaba que me ordenaran matar gente.

Permanecí en silencio. No me esperaba esa respuesta. No era completamente malvada, más bien egoísta. Pensaba en ella y no le importaba que los demás sufrieran las consecuencias.

—¿No vas a decirme que matar está mal? —preguntó Sorcha en tono sarcástico.

—Sabes que está mal, no es necesario que yo te lo diga —respondí.

El silencio volvió a reinar en la noche. Fui hacia Daeron y acaricié su cuello mientras dormía. Si continuábamos, con algo de suerte llegaríamos a la cima al atardecer.

—¿Por qué te agrada tanto el mago?

Me volví hacia Sorcha sorprendida ante la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—No pareces muy amistosa pero con él es diferente. ¿Por qué? —intentó sonar indiferente pero había curiosidad en su voz.

No tenía una respuesta exacta, era un misterio para mí también. Desde que nos conocimos que me había resultado fácil confiar en él y sentirme cómoda en su compañía. Era la oportunidad perfecta para intentar ayudarlo.

—Zul es honesto, valiente y posee un buen corazón. Es difícil no querer a alguien así —respondí en tono serio.

Sorcha permaneció pensativa y luego dejó escapar una risa.

—El mago no es ninguna de esas cosas —replicó.

La miré indignada, no comprendía cómo Zul no la había matado. Si lo negaba, ella lo afirmaría y terminaríamos discutiendo a los gritos.

—Tal vez te niegas a verlo porque no quieres que te agrade —respondí.

—Para ser una elfa dices bastantes tonterías —dijo levantando la voz—. Creí que los elfos eran sabios.

Me contuve y me obligué a calmarme antes de responder. Si continuaba con ese tipo de comentarios, cuando Aiden y Zul despertaran la encontrarían en el suelo atravesada por Glace.

—El Concilio amenazó con matarte si no terminabas con su vida. Odiaste a Zul durante mucho tiempo y no quieres dejar de hacerlo —hice una pausa y agregué—. Ahora eres libre de hacer lo quieras, Sorcha. Deja de lado tus prejuicios, Zul no ha sido más que amable contigo.

No volvió a decir otra palabra en lo que restó de nuestro tiempo haciendo guardia. Incluso cuando nos encontrábamos

en la carpa, se acostó en una esquina, dándome la espalda y se durmió en silencio.

La mañana se encontraba despejada, hacia frío pero la neblina se había disipado. Nos apresuramos a guardar todo y continuar la marcha. No faltaba mucho para la cima, si no descansábamos más de unos minutos, por fin llegaríamos.

El día fue aburrido, todos nos encontrábamos alertas, con los ojos en el camino y apenas intercambiamos unas palabras. El mago estaba tenso, podía sentir sus manos rígidas en mi capa.

Me alegraba que viajara junto a mí, de esa manera podía asegurarme de que se mantuviera concentrado y Sorcha no lo afectara.

El trayecto fue largo pero cuando el sol comenzó a bajar por fin logramos ver algo elevándose en la cima. Desmontamos y continuamos a pie para poder acercarnos silenciosamente. La nieve era tan profunda allí arriba que mis pies se enterraron y apenas podía avanzar. Aiden me tomó de la mano y me mantuvo a su lado, ayudándome a subir.

Me aferré a él, esforzándome por continuar mientras mis botas se hundían cada vez más. Pronto estaríamos tapados por nieve. Zul miró a Sorcha considerando ayudarla ya que también estaba teniendo dificultad para subir. Pero algo hizo cambiar su mente ya que continuó luchando contra la nieve sin decir nada.

Sentía el cuerpo cansado, estaba a punto de maldecir cuando vi que estábamos allí.

La imagen frente a nosotros era bastante diferente a lo que me había imaginado, creí que encontraríamos un pequeño castillo o una vieja casa abandonada pero esto era distinto. Tres gigantescas piedras formaban un círculo en la cima y en medio

de estas se encontraba una gran construcción cuadrada. En verdad era una fortaleza, de no ser por la torre que se elevaba en una de las esquinas, sería un bloque de piedra.

—No estabas bromeando cuando dijiste que era una fortaleza —dijo Aiden.

—Los antepasados de Blodwen vivieron largos años escondidos aquí —respondió Sorcha.

—No va a hacer fácil entrar inadvertidos —dijo Zul mirando detenidamente la construcción.

—Va a ser imposible entrar inadvertidos, las piedras que rodean la fortaleza se encuentran hechizadas desde hace años, nuestra magia no logrará romperlas o hacer una apertura —replicó Sorcha.

El panorama empeoraba con cada minuto, las piedras de la construcción parecían imposibles de demoler y la magia no funcionaría contra ellas. ¿Cómo lograríamos entrar?

Miré la fortaleza detenidamente buscando algo que nos ayudara. Nada. No había puertas, ni ventanas, solo un gran bloque de piedra. La entrada debía estar escondida y aún si la encontrábamos no podíamos simplemente entrar por la puerta principal. Blodwen y Mardoc sabrían que estábamos allí. Tenían el Corazón del Dragón, lo que los hacía más peligrosos de lo que ya eran. Debíamos tomarlos por sorpresa, sin darles tiempo a reaccionar. Si sabían que estábamos allí y tenían tiempo de prepararse, terminaríamos todos muertos.

Akashik los había traicionado y estaban por su cuenta. Lo que significaba que estarían esperando un ataque de él, no de nosotros. Conocían a Akashik, sabían que no se olvidaría de ellos y los dejaría vivir. Especialmente, si tenían el Corazón del Dragón.

La única ventaja con la que contábamos era que nosotros

sabíamos algo que ellos ignoraban. El Corazón del Dragón no le daba inmortalidad a la persona que lo llevara, sino que lo protegía de todo tipo de ataques, tanto mágicos como físicos.

Pero con lo bueno también venía lo malo. Solo un descendiente de Lisabeth Derose, la Dama Draconis, podía utilizar el amuleto sin sufrir consecuencias. De no ser alguien de su línea de sangre pagaría un precio al quitarse el amuleto. Un mago perdería su magia y una persona normal, su salud.

Sorcha era la única que podía usarlo sin que la magia del amuleto la afectara al quitárselo.

La miré pensativa, estaba sentada en la nieve con sus ojos en la fortaleza. Su pelo rojo se movía con el viento enredándose en su rostro.

—Tal vez Akashik nos gane de mano y los mate primero —dijo Zul esperanzado.

—Si Akashik obtiene el Corazón del Dragón, todos estaremos muertos —replicó Sorcha.

Estaba en lo cierto, jamás lograríamos quitárselo, era demasiado poderoso.

—Tú estuviste aquí antes, Sorcha. ¿Recuerdas alguna otra entrada? ¿Un pasadizo? —preguntó Aiden.

—Estoy intentando recordar —dijo Sorcha—. Mi tiempo en este lugar es algo que me esforcé por olvidar.

Zul la miró esperando que continuara hablando, parecía sentirse mal por ella.

—Blodwen olvidó que era una aprendiz de Nawa, que era buena con la magia —dijo con rencor—. Para él era más importante verme barrer que enseñarme algún hechizo útil. El desgraciado va a pagar por eso.

—Sí, va a pagar —dijo Zul.

Sorcha lo miró y tras un momento de vulnerabilidad su expresión se volvió a endurecer.

—Ni siquiera tenemos la certeza de que Blodwen y Mardoc estén allí dentro —dije.

Aiden me miró y asintió pensativo.

—Sé que están allí —respondió Sorcha—. Blodwen solía decir que este lugar fue el hogar de sus antepasados durante años. Cree que es un lugar seguro.

—Lo es —dijo Aiden—. Hacer la fortaleza entre esas tres piedras fue inteligente. Si la única entrada es aquella gran puerta de allí, dudo que podamos tomarlos desprevenidos.

Aún si no encontrábamos otra forma de entrar, la única manera de abrir esa puerta sería quemándola. Se veía bastante pesada y probablemente estuviera protegida por un hechizo. Nos encontrábamos tan cerca y debíamos lidiar con todas aquellas rocas en nuestro camino.